

te todos, ¿quién queda para obedecer? Donde todos sean soberanos, ¿dónde estarán los súbditos?

Los filósofos dijeron, que todos eran iguales, porque querian ser ellos los únicos superiores: fingieron poner el mando en manos de todos, y ellos solos se quedaron con el mando: promulgaron igualdad, para introducir y plantar la esclavitud. ¡Desgraciados pueblos! vosotros, sin conocerlo ni advertirlo, caisteis en el lazo. Entended bien su lenguaje, y desengañaos de una vez para siempre: lenguaje de hechos más perceptible y verdadero que el de las palabras. Ya somos todos iguales, claman á los pueblos seducidos: ya somos todos iguales; pero nosotros mandamos, y vosotros nos debéis obedecer. Todos somos iguales; pero lo útil y lo precioso ha de ser para nosotros. Nosotros hemós de ser ricos: vosotros pobres. Nosotros tiranos: vosotros esclavos. Vosotros derramareis vuestra sangre por una igualdad quimérica; y, miéntras tanto, nosotros, celebrando vuestra necesidad, recogeremos los frutos. ¡Oh pueblo! (dicen) tú eres el soberano; pero has de callar, porque de nuestra resolucion sola penden las cárceles, los destierros, la cuchilla, la segur. La igualdad, que establecemos, consiste, en que tú lo sufras todo, sin despegar siquiera tus labios, y en que nosotros podamos emprenderlo todo, sin el temor del castigo. Bajo este principio, seamos todos iguales. ¡Bella igualdad! ¡Bellos hermanos! ¿Qué tirano ni que déspota se atrevió jamás á tanto?

La justicia divina, con el azote de la igualdad, castigó á los pueblos que la apetecieron; y los pueblos mismos fueron el azote de los filósofos soberbios, que la inventaron. Dios, el mismo Dios, enojado, presidió los consejos de unos y otros: los cegó, los confundió, hasta hacerlos la burla y el vituperio del universo. Se apoderó de ellos un espíritu de deslumbramiento, y no resultó otra cosa de sus asambleas que confusión y desórden. Formaron leyes; de allí á poco las anularon: sustituyeron otras, y les sucedió lo mismo. Prometieron abundancia, é introdujeron miseria: paz, y procuraron con todo ahinco la guerra. No hablaron más que de virtud y amor de patria, y hollaron la patria, la religion, la virtud, hasta mirar con desprecio las máximas más respetadas en todo el género humano. Publicaron los derechos del hombre, y, al mismo tiempo, los violaron sin escrúpulo ni rubor. Sublevaron con su igualdad al hijo contra su padre, al súbdito contra el rey, y pegaron fuego á las familias, haciéndolas víctimas de la discordia, divorcio y desesperacion.

Huyamos, hermanos míos, de las novedades perniciosas, y no nos dejemos seducir de palabras lisonjeras. Enciéndase en nuestros corazones la caridad evangélica, y veremos reinar con ella entre nosotros

la igualdad cristiana. Grandes y pequeños, señores y vasallos, nobles y plebeyos, ricos y pobres, en fin, todos seremos hermanos, y cada uno estará contento en el estado en que plugo al cielo colocarlo. Solo el amor evangélico puede establecer la verdadera igualdad.

¡Gran Dios! dilatad el corazón de los grandes, para que amparen y socorran á aquellos infelices que les están sujetos. Abrid también los ojos al pueblo, para que vea los contrapesos que tiene la elevacion de los grandes. Contrapeso de obligaciones estrechas, de obligaciones árduas, y obligaciones sin fin. Contrapeso de cuidados, de aflicciones y de temores, por los cuales es muchas veces ménos grato el estado de nobleza y de elevacion, que el de oscuridad y abatimiento. En fin, alcanzad para todos la caridad evangélica, para que queden con ella verdaderamente iguales, y sean despues eternamente dichosos.

Véase: CONDICIONES (*Desigualdad de*).

IMÁGENES; véase: *Oracion á los Angeles y á los Santos*.

IMITACION DE LOS SANTOS; véase: CULTO DE LOS SANTOS, y SANTOS.

IMITACION DE JESUCRISTO.

Oves meæ vocem meam audiunt... et sequuntur me.

Mis ovejas oyen la voz mia... y ellas me siguen.

(JOANN. X, 27.)

El Hijo de Dios, que nada hizo ni habló en este mundo, sino para el gobierno y la enseñanza de los hombres, nos da en el Evangelio, con dos solas palabras admirables, una instruccion preciosa y necesaria, sobre la obligacion y la conducta que debemos tener todos los hombres, y más particularmente los cristianos. Con motivo de una

pregunta artificiosa que hicieron los judios al Señor, sobre si era ó no el Mesias prometido á la nacion, y que si lo era, se lo dijese claramente, y los sacase desde luego de la perplejidad ó la duda en que se hallaban; les respondió, que su pregunta era inútil, temeraria y maliciosa, pues, aunque les dijese que lo era, no por eso le creerian, habiéndose hasta entónces resistido al testimonio visible de sus grandes milagros y sus obras; testimonio más convincente todavía que el testimonio de la voz y las palabras; pero que ellos, ni á lo uno ni á lo otro se rendian, por no ser ovejas suyas, siendo el carácter propio y distintivo de sus ovejas ó de sus discípulos, escuchar la voz de su doctrina y seguir sus huellas y pisadas.

Ved ahí la instruccion que nos ha dejado á todos Jesucristo; instruccion, que nos enseña claramente, cuál es el carácter, cuál la obligacion y la conducta que debemos tener en este mundo. Porque, si el Señor ha bajado de los cielos á ser el médico, el pastor y el maestro de los hombres; si ha venido á remediar los destrozos del pecado, á curar todos los males y dolencias, á enseñar el camino y los medios de salvacion; ninguno hay que no deba escuchar la doctrina de este Dios; ninguno, que no esté obligado por su propia necesidad á seguir sus ejemplos y á imitarlos. Y si esto es general á todo el mundo, lo es mucho más á los cristianos, que, por su propio estado y vocacion, hacen pública profesion y juramento de seguir en todo á Jesucristo, y de arreglarse á su conducta y su doctrina, para ser sus fieles ovejas y discípulos.

Yo, á la verdad, si san Pablo no predicaba, ni sabia predicar sino á este Dios crucificado por los hombres (I Cor. II, 2); si cuando el mundo miraba como una gran necedad y un grande escándalo la cruz, la pobreza, y la humildad de Jesucristo; el Apóstol no cesaba de anunciarle al mismo tiempo, como la fortaleza y la sabiduría de Dios, como la redencion, la vida y la salud de todo el mundo; ¿qué extraño será, que, siguiendo las huellas del Apóstol, os predique sin cesar á Jesucristo, pobre, humillado y penitente, y que os le anuncie cada día, como el único remedio de los hombres, como el único pastor y maestro de las almas? ¿Qué mucho, que os hable de este Dios crucificado, en un tiempo y en un siglo como el nuestro; en que se le crucifica de tantas maneras diferentes, y en que apenas ha quedado ni fé, ni piedad, ni religion entre nosotros? ¡Tiempo, en que todo se le disputa y contradice á este Señor... la divinidad, el poder, los milagros, la gracia, la doctrina, y aún la existencia tambien de su persona! ¡Tiempo, en que Dios ha permitido, por nuestros grandes excesos y pecados, que una secta de sábios, pero sábios viciosos é ignorantes,

haya combatido á la Religion cristiana en todos sus objetos, y llenado de vicios y de errores, de libertinaje, de insubordinacion y de impiedad á todo el mundo! ¡Tiempo, en que este desastre y este azote de la cólera de Dios contra nosotros, se mira con una serenidad y una indiferencia escandalosa! ¡Tiempo, en que nada nos hace impresion ni nos altera, nada interrumpe nuestras diversiones y delicias, nada contiene ni refrena este lujo asombroso, ni esta horrible inmoralidad en que se vive; nada, en fin, nos hace temer ni imaginar, que á tanta perversion de las costumbres, á tanto cúmulo de vicios y de males, no puede dejar de sucederse muy de cerca una apostasia general y un trastorno entero de la Religion en los cristianos!

¿Qué mucho, pues, católicos, que yo insista en predicaros siempre á Jesucristo? ¿en predicaros su pobreza, su cruz, su humillacion y penitencia? ¿en predicaros la necesidad, la obligacion, el interés y la importancia de seguir su doctrina y de imitar su vida y ejemplo? ¿No fué la predicacion de este Dios pobre y humillado la que convirtió al mundo? ¿la que atrajo á los pecadores á la cruz y les hizo abrazar la penitencia? No extrañeis, pues, que para atraeros á la imitacion y al amor de este Dios crucificado por los hombres, os haga ver hoy las razones y los títulos más principales, que nos obligan á imitarle y á seguirle. Ved ahí lo que será el único objeto de este brevíssimo discurso, si el Señor nos asiste con su gracia. A. M.

1. La obligacion absoluta, católicos, la obligacion que todos los hombres, y particularmente los cristianos, tenemos de seguir y de imitar á Jesucristo, no es una obligacion que solo nazca de la voluntad pura de Dios, y de que así lo haya mandado y querido; sino que es una obligacion, que nace y se origina al mismo tiempo de nuestra propia necesidad y de la multitud de nuestros males. Es verdad, que Dios pudo mandarlo, sin ninguna mira ni respeto á nuestra condicion y á nuestro estado, siendo libre y absoluto en disponer y arreglar como quisiere, la vida y la conducta de los hombres; pero, no lo dispuso ni lo ordenó de esa manera, sino que lo hizo precisamente, porque el género humano tenia necesidad de ese remedio, y porque no le era posible ni curarse, ni volver á su gracia, ni salvarse sino por la mediacion y la conformidad con Jesucristo; y ved ahí el manantial y el origen, de donde naen y dimanen las razones principales y los títulos de esta grande y general obligacion, que á todos nos alcanza, sin reserva, es á saber, de nuestra misma necesidad y del profundo abismo de miserias y de males, en que todos nacemos sumergidos.

Vosotros bien sabeis, que el pecado de Adan causó en el género hu-

mano y en el mundo una revolucion asombrosa y un destrozo universal y lamentable. Él nos quitó la justicia original, y con ella, los dones, las gracias, la inocencia, la hermosura, la verdadera libertad y las virtudes. Él nos dejó á todos enemigos de Dios, reos y deudores al rigor de su justicia, sujetós á los castigos y á la muerte, esclavos infelices del poder de Satanás, y sentenciados á los horrores del infierno. Él nos precipitó en una noche de oscuridad y de tinieblas, quiero decir, que el pecado, de tal suerte oscureció nuestro entendimiento, que lo dejó en un caos de errores é ignorancias, no solo en órden al conocimiento de Dios y al de los medios y caminos de salvarnos, sino tambien en órden al de nuestras obligaciones esenciales, y aún, respecto de las ciencias humanas y el estado de las cosas de este mundo. Lo mismo sucedió con nuestra voluntad; porque, perdido por la culpa el amor de Dios, que todo lo arreglaba y componia, nos quedó un amor violento de nosotros mismos, y una furiosa propension á gozar y apetecer las criaturas, hasta el exceso vergonzoso de adorarlas, y hasta la indignidad y bajeza de servir las. El descompuso y destruyó el órden, la sumision y la armonía, con que el cuerpo obedecia dulcemente á la voz y al impulso del espíritu; él rompió el centro de la voluntad y de la razon; disminuyó la grandeza de su autoridad y de su imperio; nos sujetó á la impetuosidad y tiranía de la imaginacion y los sentidos; amotinó las pasiones, y excitó todos los movimientos de la carne, es decir: que el pecado puso en un desórden general nuestras potencias; nos dejó cubiertos de heridas, de debilidad y de flaqueza; nos llenó de orgullo, de ambicion, de sensualidad y de codicia; nos hizo á los ojos de Dios, y en realidad, injustos, impíos, delincuentes, muertos, abominables, corrompidos, y, en suma, hechos un espectáculo de horror y un objeto de toda su severidad y de su ira.

Esta, cristianos, esta no es más que una pintura débil y una imagen desmayada del destrozo que hizo en los hombres el pecado; pero, en fin, es una pintura verdadera, y una imagen cierta y efectiva de nuestra condicion y nuestro estado. ¿Quién será, pues, el que nos libre y nos remedie en tantos males? ¿cómo saldremos de este abismo profundo de miserias? ¿Qué necesidad tan grande no tenemos de un salvador, que nos liberte de esta horrible situacion, á que estamos por la primera culpa reducidos? ¿qué necesidad no tenemos de un mediador, que interceda por nosotros, y nos restituya á la gracia y amistad de nuestro Dios? ¿de un redentor, que nos saque de la esclavitud de Satanás y rompa las cadenas con que á todos nos tiene aprisionados? ¿de un sacerdote y de una víctima, que se sacrifique por nos-

otros á la justicia del Señor, y le haga revocar la sentencia de nuestra condenacion á los suplicios del infierno? ¿de un maestro celestial, que nos enseñe la ciencia y el camino de volvernos á Dios y de salvarnos? ¿de un sábio médico, que cure nuestros males con remedios poderosos y oportunos? ¿de un pastor, que nos recoja, nos guie, nos apaciente y nos defienda de los precipicios y los lobos que nos cercan y nos buscan? ¿de una cabeza, en fin, que nos gobierne y comunique la luz, la fuerza, la gracia y la libertad, de que fuimos privados por la culpa; y, últimamente, de un modelo visible, donde aprendamos á reglar nuestras costumbres y á conformarnos en todo á su conducta?

¿Qué necesidad, vuelvo á decir, no tenemos de un remediador y de un remedio proporcionado á la grandeza y á la multitud de tantos males? Pues, este remediador y este remedio es Jesucristo. Dios nos ha dado, por una misericordia incomparable, la persona misma de su Hijo, y le ha enviado al mundo, para que, hecho hombre, viviera y habitara entre los hombres, y para que los llenara de gracia y de verdad; para que pasase por ellos á su eterna justicia y los sacase del yugo de Satanás y del infierno; para que dispase nuestra ignorancia y ceguedad con la luz y el esplendor de su doctrina; para que nos enseñara el remedio de nuestros males con su mismo ejemplo y su conducta; y nos mostrase, finalmente, el único camino de la verdadera salvacion.

2. Todo esto y mucho más ha ejecutado Jesucristo con nosotros, haciéndose médico, maestro, pastor y modelo de los hombres, y aún viviendo, como si fuera pecador y como enfermo, entre nosotros, para enseñarnos con su vida la regla y el gobierno de la nuestra. Pues ¿quién no vé aquí la extrema necesidad, el interés y la suma obligacion que todos tienen, de escuchar la doctrina de este Dios, de seguir su ejemplo y de imitarle? ¿Cómo se han de curar nuestros vicios y desórdenes, si no tomamos el remedio que ha tomado él mismo, para que aprendiésemos de su mismo ejemplo y conducta? Es verdad, que el Señor ha hecho por sí solo, en la redencion del linaje humano, lo que no era posible á ningun hombre, como es; el mediar con Dios, el satisfacer enteramente á su justicia, y el librarnos de la esclavitud de Satanás y del infierno. Mas, por lo que mirá á la curacion de nuestros males y miserias; por lo que hace á la ignorancia, á la sensualidad, á las pasiones, al orgullo, á la ambicion, á la vanidad, á la impureza y la codicia; como estos son vicios y defectos personales, ha sido y es forzoso, que nosotros mismos, para su perfecta curacion, apliquemos las medicinas necesarias y oportunas; es menester, que aprendamos y estudiemos la doctrina del Señor, que imi-

temos su conducta y sus acciones, y que vivamos de la misma manera y con los mismos sentimientos, que él ha vivido y tenido en este mundo.

Y á la verdad, siendo todos, como somos, unos ciegos voluntarios y culpables; unos ignorantes soberbios, vanos, ambiciosos y avarientos; unos viciosos insaciables de placeres, de diversiones y delicias; siendo tambien curiosos, inquietos, delicados, habladores, impacientes, envidiosos; pegados á las cosas de este mundo y llenos de malos amores y deseos; es imposible sanar de estos achaques y estos vicios, si, por nuestra parte, no imitamos la pobreza, la humildad, la mansedumbre; la modestia, el silencio, el trabajo, el desvío, el desinterés; la privacion, la austeridad, la penitencia, la conducta, en fin, y los ejemplos del médico, del maestro, del pastor, de la cabeza y del modelo, que, para nuestra enseñanza y curacion, nos ha dado Dios en la humanidad y en la persona de su Hijo. Porque, si este Señor ha vivido así en este mundo, no ha sido por su necesidad, sino solamente por la nuestra, y para enseñarnos en sí mismo y en la manera de vida que tuvo entre los hombres, el único remedio de todos nuestros males y el único camino de salvarnos.

Ved ahí las razones más principales y precisas, de las cuales nace, por un efecto de nuestra propia necesidad, la indispensable obligacion de seguir y de imitar á Jesucristo; es á saber, por la imposibilidad de reconciliarnos con Dios, de pagar á su justicia y de remediar nuestros achaques y dolencias, sin imitar á este Salvador y seguir sus pasos y doctrinas. Yo pudiera explicaros todavía una multitud de títulos preciosos, que aún hay de parte de Dios, de Jesucristo y de nosotros, para establecer esta obligacion de que tratamos; pero, lo dicho hasta aquí bastará, sin duda alguna, para que todos quedéis bien persuadidos de esta verdad incontestable; y de que, siendo, como lo es, esta necesidad propia y personal de cada uno, y siendo igualmente Jesucristo el salvador, el médico, el maestro, el pastor, la cabeza y el modelo de todos los hombres y mujeres, de cualquiera estado que sean en el mundo; todas y todos estamos esencialmente obligados á escuchar su doctrina, á seguir sus ejemplos y virtudes, y á vivir, finalmente, en humildad y en penitencia, como él vivió por nosotros en todo el discurso de su vida.

Pues, si esto es notorio y evidente; si esto es una necesidad absoluta y una obligacion indispensable, que todos hemos reconocido y jurado cumplir en el bautismo; si esta es la única regla de costumbres, el único remedio de los hombres y el único camino de los cielos, ¿cómo se tiene tan olvidada esta gran verdad entre nosotros? ¿cómo

se hace tan poco caso de cumplirla? ¿cómo se tiene tanta repugnancia en seguir y en imitar á Jesucristo? ¿cómo no se vive, ni se piensa en otra cosa, sino en pompas, en diversiones y en delicias; sino en riquezas, en negocios, en usuras, en adulterios y torpezas, y en todo género de infamias y de vicios? ¿Pues qué, nos hemos abandonado á la desesperacion é impenitencia, como en otros tiempos los gentiles? ¿Hemos, por desgracia nuestra, renunciado á todas las promesas del bautismo, y á todos los títulos tan justos, que nos atan y nos unen con Dios y su Evangelio? ¿No nos importa mucho el salvar nuestras almas, ni el librarnos de los horrores del infierno? ¿No nos obliga tampoco, ni nos mueve la inmensa caridad de Jesucristo, que, para nuestro remedio y enseñanza, se dignó vivir y morir por nosotros, abatido, pobre, humillado y penitente, y en una absoluta privacion de todos los placeres de este mundo? ¿Es posible, que nos hemos de resistir á la grandeza de este ejemplo, y que, siendo todos ovejas, hijos, discípulos y hechuras de sus divinas manos, hemos de volverle las espaldas y despreciar á un tal Dios, á un tal médico, á un tal pastor, tal maestro y nuestro padre?

Este es un asombro y un portento de insensibilidad y de malicia; de ingratitud y de dureza en los cristianos; este es un abismo de amargura y de dolor para nosotros; y yo no hallo qué decir ni qué hacer en tal apuro, sino que nos postremos á los piés de Jesucristo, y que, llenos de confusion y de vergüenza, lloremos con lágrimas de sangre nuestro indigno proceder, nuestra ceguedad y nuestra conducta temeraria. Vamos, pues, á implorar, desde luego, la misericordia de este Dios; á pensar en una vida de penitencia y de humildad como la suya; á pedirle, que se apiade de nosotros todavía; que nos conceda el perdon de nuestras culpas, que nos dé su gracia, finalmente, para amarle y seguirle en esta vida, y poder recibir de sus manos la corona de la eterna felicidad en el reino de los cielos. Amen.